



Naves de la época de la Conquista

LIBRO SEGUNDO

EL PERÍODO COLONIAL Y LA INDEPENDENCIA

LA NUEVA ESPAÑA

LOS CONQUISTADORES

CAPÍTULO PRIMERO

FUNDADORES Y POBLADORES

DON HERNANDO CORTÉS: EL ORO; LA CAPITAL. SUMISIÓN DE MICHOACÁN. LAS EXPEDICIONES EN LAS COSTAS Y EL ISTMO; FUNDACIONES. CORTÉS GOBERNADOR Y CAPITÁN GENERAL: EL PÁNUCO; ALVARADO Y OLID; LA JORNADA DE LAS HIBUERAS. NUÑO DE GUZMÁN EN EL OCCIDENTE. YUCATÁN: CAMPECHE, MÉRIDA, VALLADOLID. PUEBLA Y MORELIA. LOS CACIQUES CONQUISTADORES. LAS ÚLTIMAS CONQUISTAS. TIPO DE FUNDACIÓN. LA PRIMERA DIVISIÓN POLÍTICA

EL período puramente heroico de la Conquista había terminado; desde mediados de Agosto de 1521 las expediciones no escasearán, multiplicaránse á porfía las hazañas, y la bravura y arrostros del corazón español tendrán vasto campo de alarde; pero á los empeños épicos se mezclarán, cada vez más premiosas, las necesidades de reconstrucción y organización, de pacificación y españolización, equivalentes de cristianización, y precisa confesar

que, en esta segunda parte de su obra, á pesar de faltas y errores lamentables, el gran carácter de D. Hernando rayó á la misma altura que en la primera.

Comenzada como una empresa particular, puesto que Cortés perdió sus títulos en el punto mismo de acometerla; realizada sin otra credencial que la condicional é imperfecta que un Concejo, por él mismo creado, había puesto en sus manos, el glorioso aquistamiento del imperio azteca había sido una estupenda aventura. Transformarla, purgándola de todo lo que de irregular y aleatorio había en ella, legalizándola por medio de la donación á la corona de Castilla de lo que á la Corona no había costado ni un solo maravedí, es decir, por medio de la renuncia de facultades nacidas imperiosamente de las circunstancias; organizándola, en suma, para hacerla definitiva, tal fué el empeño de Cortés; era el improvisador genial de una magna obra que, para hacerla perdurable, la entrega á otros, no sin añoranzas paternas, pero con religiosas convicciones de vasallo fiel.

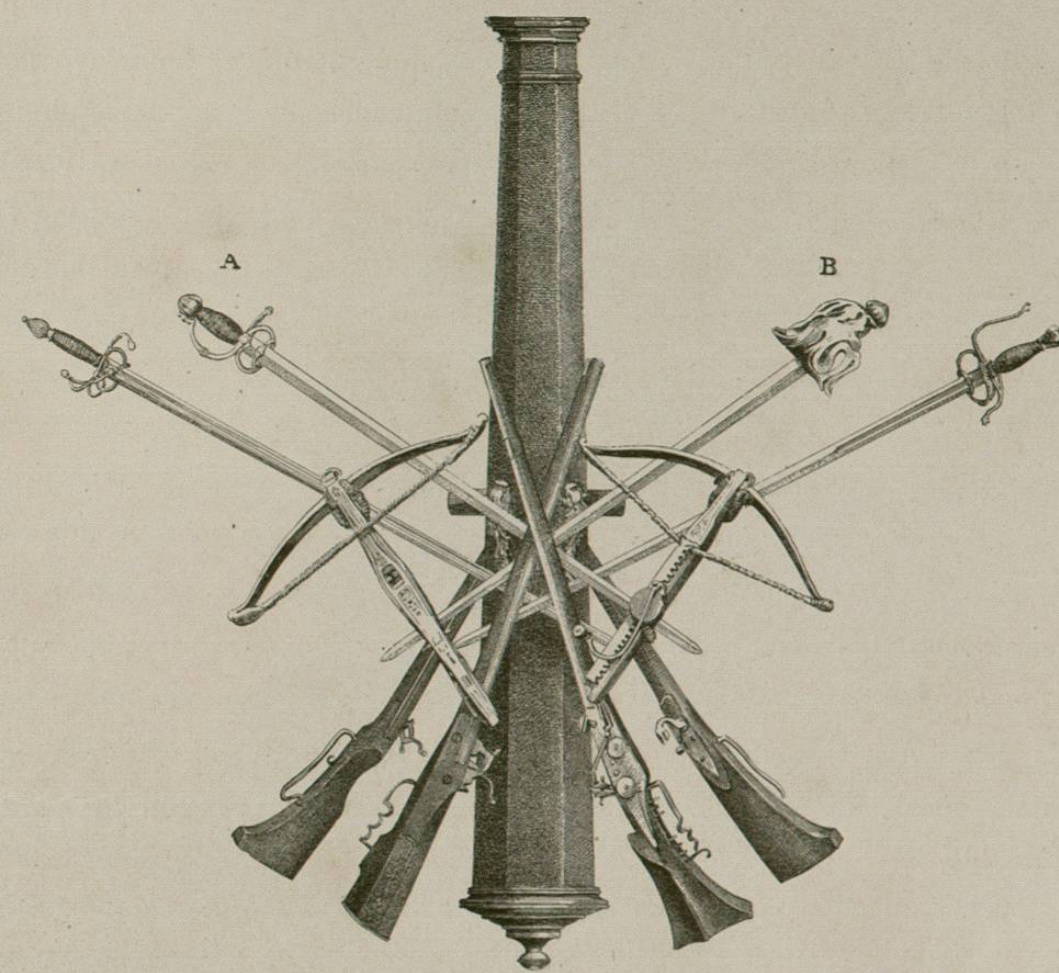
Nada limitaba la autoridad del conquistador cuando se irguió sobre los escombros de Tenochtitlán debelada; Cuauhtemoc, *el águila caída*, yacía á sus pies, y con el heroico príncipe, todo el imperio federal de Anáhuac; los aliados, que habían sido los instrumentos principales de la conquista, ebrios de sangre y hartos de botín, aclamaban al *Malinche* y se retiraban en masas profundas á sus montañas ó á sus ciudades, llevando por tal extremo grabado en el espíritu el prestigio de los vencedores de los meshicas, que, puede decirse, al auxiliar á los conquistadores, ellos mismos se habían conquistado para siempre. Los soldados españoles, indisciplinados, con la incurable indisciplina coincidente con el relajamiento de la tensión moral y nerviosa que exigé una empresa de guerra realizada con un formidable gasto de sacrificio, de vigilancia y de valor, cuando la victoria absoluta ha coronado el sobrehumano esfuerzo; descontentos por no haber hallado los montes de oro y pedrería, que, en el paroxismo de su codicia, imaginaban como pasmosos islotes en medio de un lago de sangre azteca, y, azuzados por el grupo de los partidarios de Diego Velázquez, dispuestos á atribuir su decepción á perfidias y fraudes de Cortés, mezclaban las tentativas de rebelión á los reproches y los cantos báquicos, y la asonada á la orgía; mas todo ello era momentáneo: aquel hombre desautorizado por su rebelión y negado por sus enemigos recobraba, como César, con sólo su presencia y su palabra, el ascendiente que tenía sobre sus compañeros de lucha, que le dejaban mandar y castigar, con la mano en el puño de las espadas, pero con la ruda cabeza doblegada y trémula.

Puede decirse que, bajo cierto aspecto, la Nueva España (nombre que brotó espontáneamente de los conquistadores y confirmaron después los reyes) nació independiente; si Cortés hubiese hecho un llamamiento por aquellos años á todos los hombres de presa que se habían aglomerado en las Antillas, en donde se trató de aclimatar, en los comienzos, verdaderas colonias de presidiarios y galeotes, y les hubiese ofrecido el dominio feudal de los territorios inmensos que había sometido ó había adivinado, dominio que los reyes de Castilla trataron de deshacer hasta conseguirlo, acaso la dominación de España no hubiera logrado cimentarse en la América ístmica. Más tarde, un día, los devotos del conquistador, ante la ingratitud y la injusticia del rey, le ofrecieron forjarle en México una corona y defenderla con su espada; Cortés rechazó indignado la oferta: el culto monárquico era un elemento simple del alma española, tal como la habían compuesto ocho siglos de lucha por la patria, á la sombra de la cruz y el pendón real.

Cortés, obedeciendo contra su voluntad, cedió después á las intimaciones de quien hacía las veces de *oficial real* en su pequeño ejército, Alderete, y á los tumultuosos apremios de la soldadesca, y, probablemente, para que no le creyesen coludido con los magnates cautivos, con objeto de reservarse fantásticos tesoros, consintió en el tormento que inutilizó para siempre á Cuauhtemoc como soldado, pero que puso bajo sus plantas carbonizadas un pedestal cien codos más alto que su gloria guerrera sumada con la gloria de su vencedor; el martirio hizo del héroe imperial un héroe humano.

La fiebre del oro, la epidemia moral que mata dentro de los corazones toda piedad, toda ternura, invadía por intermitencias frecuentes á aquellos hombres de acero, que crefan ciegameamente que, en premio de una batalla de ocho siglos, la Providencia agradecida les había arrojado la América como una presa á los neblíes. Por el oro surcaban, en naves que eran moléculas sin consistencia, arrebatadas por el choque de los mares sin límites y las tormentas sin término, hacia los continentes siempre soñados, bajo cielos no soñados nunca. Sus energías crecían con los peligros, arrebataban con los obstáculos, se agigantaban con la adversidad; sólo la muerte les vencía; pero no, ni ella: la religión de la esperanza se encargaba de hacerles sobrevivir y les presentaba ante el Juez supremo, tintos en sangre, pero con la cruz de la espada sobre los labios y en el corazón la fe en la espada y en la cruz.

Del campamento de Cortés, en las rampas de lava del Ajusco, en Coyoacán, bajaban españoles y aliados, que removían los escombros, destripaban las tumbas, desbarataban los templos y rebotaban las acequias en Tenochtitlán y Tlaltelolco, y en medio de los miasmas de muerte que saturaban la atmósfera de aquel pantanoso matadero, pasaban los días interrogando á los cadáveres y las ruinas: aquellos hombres daban tormento á la muerte para que les revelase los entrevistos tesoros, y nada ó muy poco obtenían. Entonces, buscando siempre, se arrojaban sobre la riqueza viva, sobre la que respiraba y sufría; y se dieron á convertir á los indios en esclavos y á plantarles, en las mejillas ó los muslos, los hierros candentes de las marcas.



Armas españolas de la época de la Conquista
A. Espada de Hernando Cortés.—B. Espada de Bernal Díaz del Castillo

En Cortés comenzó, desde entonces, á tomar conciencia de sí misma, una personalidad nueva casi: la de protector paternal de los vencidos. Procuró atenuar y modificar la suerte de los cautivos y esperó cambiarla. Entretanto, resolvió dar un centro á su dominación de hoy y á sus conquistas de mañana, y escogió la ciudad misma que había sido testigo de la gloria de los meshicas y de su gloria; y de las ruinas de *Temixtítán*, como él decía, levantó de prisa la capital de la Nueva España. Comprendiendo los casi arrasados palacios imperiales, describió su traza cuadrilateral, la rodeó de las acequias que los lagos llenaban de continuo, la dividió por un gran canal, la surtió de agua potable, reparando el acueducto azteca, zanjó los cimientos del futuro templo bajo el ara misma de los dioses antropófagos, y dentro de aquella línea, fortificada á trechos y apoyada en el arsenal armado de los bergantines (las Atarazanas), alojó á los españoles; fuera, distribuyó por grupos á los meshicas, bajo el cuidado de sus señores, que obedecían á su emperador inválido y á su vicario el *Cihuacoatl*. Así nació México, á nivel de su lago circunstante y bajo el nivel de los otros lagos de la región; nació sentenciada, como su madre Tenochtitlán lo había estado, á batallar sin tregua con el agua, que penetraría todos los poros de sus cimientos é impediría la circulación de la salud en sus venas. De la ciudad de Cortés iba á irradiar una España americana hacia los mares y hacia los siglos.

En el campamento de Coyoacán, donde comenzaban ya á levantarse algunas construcciones definitivas, se buscaba, en los registros pictográficos de los tributos que á Motecuhzoma se pagaban, cuáles eran los sitios del imperio que tributaban oro, para ir á ellos, por encima de todos los obstáculos, como en busca de azufre había subido Montaña al cráter humeante del Popocatepetl y descendido algunos de los peldaños gigantes de sus gradearias interiores. Algunos soldados, por su cuenta y riesgo, excursionaban; uno de ellos trajo noticias de Michoacán, un país aurífero: á él se convirtieron las ávidas miradas del ejército de Cortés.

Se establecieron relaciones entre la corte de Tzintzuntán y el real de Coyoacán; los enviados del rey, trayendo ricos presentes, avivaron la codicia castellana. Los *purepecha*, como se llamaban los dominadores del imperio michoacano, que se extendía desde los confines del imperio de los meshicas y de las comarcas chichimecas hasta las playas de Colima y Zacatula, los *tarascos*, como les llamaron los españoles, tenían un señor, amedrentado por los oráculos y aterrorizado por las noticias del poder de los españoles. Un partido guerrero se había esforzado en organizar la resistencia, pero el rey Tzintzicha había preferido su vida y su trono de vasallo á la lucha por el honor y por la patria; fué con gran séquito á ver á Cortés, rindió pleito homenaje al rey de Castilla, se dejó bautizar y tornó á su capital, á orillas del Pátzcuaro; tornó con el nombre profundamente despectivo de *Caltzontzín*, con que los mexicanos habían designado al cobarde. Olid atravesó poco después el imperio michoacano, rumbo á Colima, visitó la capital y fué agasajado por el monarca. Los templos, en donde la religión sideral de los purepecha había aglomerado riquezas, que decoraban la mansión del dios que en diversas manifestaciones adoraban, pero en los que no había ídolos, según dicen, los templos del Dios-Sol, de la madre naturaleza, de la constelación crucial del Sur, los ricos templos venían silenciosamente por tierra; los sepulcros (yácatas) perdían, profanados, sus tesoros. Michoacán se despojaba de sus atavíos para reci-

bir á sus nuevos amos. El amo nuevo fué soberanamente cruel cuando fué el conquistador y se llamó Nuño de Guzmán, pero fué un redentor cuando fué el obispo misionero y se llamó Vasco de Quiroga.

En el célebre documento que pudiera llamarse, si no pareciese el nombre responder á ideas demasiado modernas, la primera carta constitutiva de la Nueva España, expedida en Valladolid en Junio de 1523, la cláusula 18: «Y por que soy ynformado que en la costa abaxo de esta tierra ay un estrecho para passar de la mar del norte (el Golfo) á la mar del sur (el Pacifico) e por que á nuestro servicio conviene mucho savello yo os encargo y mando (á Cortés) que luego con mucha diligencia procureis de saver si ay el dicho estrecho y enbieis personas que lo busquen e os traigan larga e verdadera relacion de lo que en ello allaren y continuamente me escribireis e enbiareis larga relacion de lo que en el se hallase, porque como beis esto es cosa muy ynportante á nuestro servicio.» Y luego agregaba el monarca que estaba informado de que «azia la parte del Sur de esa tierra (N. España) ay mar en que ay grandes secretos e cossas de que dios nuestro señor sera muy servido y estos Reynos acrecentados,» encargando al conquistador que averiguase con sumo cuidado



Vasco de Quiroga

lo que hubiese de verdad en todo ello. Todas las expediciones de aquellas épocas, desde que en 1513 Núñez de Balboa tomó posesión del Pacifico por los reyes de Castilla, tuvieron por principal mira geográfica el descubrimiento del paso que debía unir los dos mares, y que efectivamente es extraño que no exista en un continente inmensamente longitudinal como América; los americanos deberán corregir, en el próximo siglo, esta imperfección de la obra de la naturaleza. Las expediciones al Golfo, al Istmo, á las regiones sud-americanas, tan fecundas para España en inesperados descubrimientos y adquisiciones estupendas, tuvieron por brújula geográfica el descubrimiento del Estrecho.

Cortés no lo olvidaba, y desde antes de la toma de Tenochtitlán había enviado á sus exploradores hacia el Sur, á las comarcas ístmicas; como que estaba persuadido de que él descubriría el anhelado paso que acercaría á España al país de la especiería y de las gemas